MIGUEL HERNANDEZ

CUATRO SONETOS INEDITOS

Los sonetos que publicamos enseguida pertenecen a un conjunto de veinticuatro, todos ellos inéditos, conservados durante muchos años por la viuda del poeta, Josefina Mancera. Fueron escritos hacia 1934, un poco antes de los que componen el libro que lo consagró: *El rayo que no cesa* (1936). Con otros que, desde 1951, han aparecido paulatinamente, forman un libro que Miguel Hernández no llegó a ver impreso: *El silbo vulnerado*. Poemas de un aprendiz pero de un aprendiz de inmenso talento. Al leerlos, nos sorprenden simultáneamente cierto amaneramiento enfático —defecto del que nunca logró desprenderse del todo— y la admirable maestría. Aunque son visibles las presencias de Garcilaso y de San Juan de la Cruz, el lenguaje de la tradición no ahoga enteramente al joven poeta ni empaña su visión, casi siempre cristalina. Sin embargo, repentinos relámpagos —brillantes, violentos y certeros— rompen una y otra vez la nitidez de estas composiciones. Son el anuncio de los dones naturales, todavía adormecidos.

El Instituto de Estudios Juan Gil-Albert (Alicante) publicará pronto un volumen con los veinticuatro sonetos (edición, prólogo y notas de José Carlos Rovira). Debemos a la generosidad y al amistoso interés de Alfonso Guerra, buen conocedor y amigo de la poesía y los poetas, así como a la amable disposición de José María Tortosa Blasco, Director del Instituto Gil-Albert, la aparición en *Vuelta* de estos textos. Les doy las gracias.

Octavio Paz

I

OFICIO-adánico

Vigilar la blancura: ese es mi oficio,
apoyando en mi amor el pensamiento,
mientras me orea la mejilla el viento,
dorada y no por maña de artificio.

Tener la soledad por ejercicio
y el silencio por sabio y por contento;
por compaña la nieve y por asiento
una altura que cerca un precipicio.

Así vivo, y errante, todo el año,
a la mira unas veces de lo puro
y al servicio otras veces de mi bella.

Correhuelas pastura mi rebaño,
si hierba de la sangre yo pasturo,
con su boca en la mía, pasto de ella.

II

Todas las cordilleras españolas,
desde Sierra Nevada al Pirineo,
palmo a palmo pisó mi pastoreo
viviendo a secas y queriendo a solas.

Siempre entre esquilas, aires, caracolas,
que haya más dulce música no creo,
mi retiro es la paz, y mi deseo
sotos de grama, valles de amapolas.

Yo conozco del cielo todo punto,
los orígenes sé de todo río,
lo secreto de toda mina y cueva.

Desde el colmo del monte cejijunto,
de la creación es el principio mío,
de cuando Adán la vida, y cuando Eva.

VIII

Dos soledades son de mi recreo:
una la guardo y otra la vigilas;
en una piso altos y oigo esquilas,
en otra bebo amor y gloria veo.

Por aquélla me lleva el pastoreo,
y por ésta me traes y me destilas,
miel en la soledad de tus pupilas
en las que me acompaño y me deseo.

Doble es la soledad con que me asiste
Dios en la inacabable serranía,
lengua una toda, la otra toda muda.

Cuando ésta jubilosa, aquélla triste,
y si cuando ésta luz, aquella umbría,
cuando aquélla casada, ésta viuda.

XI

Penas de Andalucía son mis penas,
penas para tañidas y cantadas,
penas penillas, penas malpenadas,
ruy-señoras esquivas y morenas.

Penas para sembrar por las arenas,
por los altos de piedras arriesgadas,
y para soledades delicadas
de tierras delicadas de azucenas.

Pena terrena como en surco trigo,
pena celeste como en aire ave
y palma inagotable de garganta.

Pena para sin ti, para conmigo,
que junto a un río pena y crece grave
y al pie de un limonero se amamanta.